



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

**PERFILES
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

Amara Pace, Giuseppe (1993)
“EL ADOLESCENTE Y LA FAMILIA”
en Perfiles Educativos, No. 60 pp. 13-18.

EL ADOLESCENTE Y LA FAMILIA

GIUSEPPE AMARA PACE*

La descalificación del adolescente, el sistema de la familia y la manipulación son algunos de los puntos que aborda en este documento el doctor Amara. Recuerda que en la adolescencia la necesidad de ser reconocido es una de las constantes fundamentales, y que la práctica habitual de muchos padres, maestros y adultos de nuestra sociedad es descalificar sus esfuerzos y desempeños. Amara aplica aquí los puntos de vista de la teoría sistemática para analizar el caso que presenta y también alude a la necesidad de aplicar una visión ecléctica, ya que su tesis sostiene que la nueva comprensión, la sistemática, debe completarse con la antigua, la individual que, de por sí, fue siempre insatisfactoria.



THE ADOLESCENT AND THE FAMILY. *Among other issues Dr. Amara centers his attention on disqualification of the adolescent, family system and manipulation. He reminds us that during adolescence the need to be acknowledged is one of the fundamental constant features, but the common practice of many parents, teachers and adults in our society is that of disqualifying their efforts and performance. Amara bases on the point of view of the systematic theory to analyze the case he exposes. He also states the need to apply an eclectic approach since his thesis sustains that the new understanding, i.e. the systematic, must be complemented with the old one, i.e. the individual approach, nonetheless it was always unsatisfactory.*

La descalificación del adolescente

La familia puede considerarse como un grupo natural que se estructura mediante una historia. Se forma en el tiempo, según vicisitudes y experiencias particulares, por las cuales los miembros ensayan, experimentan y consolidan una serie de interacciones, hasta que se establece la convivencia, que no es sino un sistema particular que se mantiene organizado mediante la repetición y la retroalimentación de expresiones y acciones que se han reglamentado. Las expresiones pueden ser verbales o no verbales. Son, de todos modos, comunicaciones, así como lo son las mismas acciones. Las acciones y reacciones entre los miembros del sistema tienen siempre un significado, más o menos pro positivo y más o menos interpretado.

La familia puede ser vista como el resultado de conflictos de aprendizajes existenciales. El de la pareja, que aprende a convivir con la aportación singular de cada miembro, y el de los hijos, porque éstos son individuos genéticamente diferentes y van a transformar la convivencia de la pareja generadora.

La adaptación intra-familiar que se logra mediante el aprendizaje recíproco tiende a consolidar el sistema y su persistencia homeostática. El crecimiento de los hijos tenderá a modificar la

* Profesor de psicoanálisis humanista en el posgrado de Psicoanálisis de la Universidad Nacional Autónoma de México.

homeostasis del sistema familiar. Es en la adolescencia cuando la tendencia transformadora puede prevalecer sobre la cohesiva, ya que la definición que desarrollan los jóvenes miembros puede incrementar la crisis de los primitivos equilibrios adaptativos.

Suele darse el caso de que los miembros adolescentes, mientras se esfuerzan por definirse, se encuentran con una sistemática tendencia que los descalifica. Los padres, de este modo, mantienen la autoridad mediante la crítica y el rechazo de los comportamientos de los hijos. Y viceversa, el poder de la protesta crece en los hijos por la sistemática devaluación de los comportamientos paternos.

En contextos más patológicos, la descalificación es reemplazada por el reconocimiento y la confirmación de los comportamientos que implican un cierto sufrimiento. Si este aprendizaje se vuelve constante, el hijo tenderá a repetir conductas infelices como un estilo de vida.

A veces ocurre que no son reconocidos el sacrificio, la abnegación y el sufrimiento, como tampoco es aceptado y alabado el comportamiento feliz y estimulante. Lo que se gesta, entonces, es una exasperación en el descalificado, que insistirá en ser aceptado y reconocido por el otro. El dolor y el sufrimiento, o el esfuerzo positivo, se vuelven intensos y constantes, a la manera de un desafío, hasta alcanzar finalmente la convalidación del otro. Si el reconocimiento es negado siempre, el hijo aprende a desafiar al otro "difícil", al renuente a convalidarlo, y buscará a este tipo de personas para perpetuar el conflicto durante el resto de su existencia. Son los casos que conocemos por la literatura como "los que aman demasiado".

La necesidad de ser reconocidos es una de las constantes fundamentales, y la práctica habitual de muchos padres y adultos en la sociedad es descalificar los esfuerzos y desempeños de los adolescentes. De por sí es grave que la propia conducta sea descalificada por el padre o el adulto importante, pero lo es mucho más que el joven no sea convalidado como persona. El no ser aceptado como se es origina un grave menoscabo a procesos fundamentales, como la confianza, la seguridad, la concentración y la auto estima. Igualmente perniciosa es la falta de reacción de los padres: no hay rechazo como tampoco aceptación, sino una constante indiferencia ante la conducta del hijo. La indiferencia, que hace sentir al otro como inexistente, puede ser depresiva o psicótica. En el todavía llamado "complejo de inferioridad", muy frecuente en los adolescentes, lo que opera es una constante auto-descalificación. Muchas interacciones familiares se sostienen y complican por no aceptar convalidar uno de sus miembros, o por no rescatarlo de su auto-nulificación.

¿Qué nos induce a no convalidar a los otros? A veces, pedir que los padres convaliden a sus hijos es como esperar que un grupo psicoanalítico reconozca la validez de los principios y logros personales de los miembros de otro grupo, aunque no sea francamente opuesto. Ocurre como si al reconocer la validación del otro se perdiera la propia razón de ser, la auto definición: "No puede aceptar ser como eres tú, porque entonces no tendría sentido ser como soy." Quizá, uno de los procesos más difíciles para los seres humanos es alcanzar a ser, definirse, consolidar la propia identidad, sin temer y sin oponerse a la libre expresión de la identidad de los otros.

¿En verdad está en peligro la identidad de alguien si éste se propone convalidar la identidad y la definición de otro? Nos hemos acostumbrado a reconocer con demasiada facilidad la vulnerabilidad y fragilidad de ciertos seres, tanto, que aceptamos el principio de que una "identidad débil" no tolera a la afirmación de otra. Este criterio, empero, con frecuencia está equivocado. La negativa a reconocer la definición del otro no es producto de la vulnerabilidad sino de la arrogancia. Lo que confunde es que muchas veces el orgullo que descalifica el modo de vida del otro se enmascara tras la indiferencia, la presunta sabiduría de cómo debe vivirse, o aun la engañosa vulnerabilidad.

En muchos casos, el conflicto entre quien descalifica (el padre) y quien se empeña en ser convalidado (el hijo), parece perpetuarse por el orgullo paterno que pretende comunicar al hijo "que

así cómo es, no está bien", y que será convalidado sólo hasta que sea como lo desea el que se cree con el derecho de convalidar o descalificar. Si ninguno cede en sus posiciones es porque el orgullo del padre lo lleva a sostener que "podré aceptarte sólo hasta que pueda hacerte entender que tengo toda la razón de no convalidarte". Y el hijo no rompe el juego ni se aleja porque su razón de ser es, precisamente, aquello que el padre no convalida y juzga siempre como un terco, inútil y equivocado desafío.

El orgullo, en las familias esquizofrénicas, según Mara Selvini Palazzoli, llega al patológico grado de *hybris*: la arrogante exasperación que no se rinde a ninguna evidencia, ni ante la inminencia de la muerte.¹

Pero aun en los casos de conflictos no tan graves, el orgullo determina la descalificación existencial, a que el padre no sabe o no tiene la menor idea de cómo debería ser el hijo, aunque no cesa de exigir que, para poder aceptarlo, el joven tiene que dejar de ser lo que es. Por esta definición, el padre suele declararse impotente de poder ayudarlo. El hijo, por su parte, no comprende claramente cómo es, y menos cómo debería ser según el deseo paterno, porque ese deseo no propone ningún modelo. Entonces, el hijo no sabe qué cambiar. Todo su esfuerzo se dirige a oponerse al padre, a contradecirlo siempre en términos de apariencia, porque el duelo arrogante que se entabla no tiene que ver con un modelo definido de ser, sino que es precisamente alimentado por la interacción en sí misma, y ésta, cuando es conflictiva, atrae y liga tanto como el amor.

La fuerza del adolescente radica en la posibilidad de separarse y abandonar a los padres. No suele advertirse cuán grave es la amenaza de abandono, porque estamos acostumbrados a considerar a los padres como los dominantes. Pero si lo aparentan, es por el estatus (edad, experiencia, economía), no por la fuerza inherente o la identidad definida.

Analizaremos los cambios que afectan a una familia a partir del noviazgo de un hijo. En la primera parte, aplicaremos los puntos de vista de la teoría sistemática. Al final, después de presentar una síntesis de esta teoría, trataremos de ilustrar la necesidad de aplicar una visión ecléctica. Nuestra tesis es que la nueva comprensión, la sistemática, debe completarse con la antigua, la individual que, de por sí, fue siempre insatisfactoria.

De una familia compuesta por varios miembros sólo tomaremos en cuenta al trío madre-padre-hijo. Este ha cumplido los veinte y los padres le doblan la edad. Durante la adolescencia había prevalecido una aparente armonía, una recíproca vinculación madre-hijo y una menos íntima relación padre-hijo. El primer cambio se dio cuando la madre comprobó que la novia del hijo no se sometía a las reglas de su casa. Además, ella no parecía provenir de una familia de la misma posición burguesa. A los ojos de la madre, la joven manifestaba una sensualidad sin escrúpulos, una inquietante indiferencia religiosa, y un marcado desinterés en comportarse según las exigencias de la familia del novio y del mundo de alta burguesía. La oposición de la madre a la continuación del noviazgo fue drástica y provocó la primera desavenencia seria entre ella y el hijo. El padre se adhiere a las exigencias de su esposa y se altera la relación con su hijo. Tensado entre los dos frentes, el hijo comienza a tener problemas de concentración: baja su rendimiento escolar y sufre varios accidentes automovilísticos.

Cuando el conflicto se agrava, la madre acusa a la joven de liviandad moral y adición a drogas. El hijo, exasperado, acusa a la madre de ser "adicta a la Virgen". A medida que se prolonga la crisis familiar, en la casa se multiplican las imágenes sagradas y los cirios. El hijo encuentra veladoras encendidas en su recámara y en el baño. Algunas amigas ayudan a la madre a expulsar la influencia satánica de la "drogadicta", que ha infestado la casa y se ha posesionado del alma del hijo.

El cambio en la relación madre-hijo, que induce a éste a faltar mucho tiempo de la casa y a retornar muy tarde, pone de manifiesto lo que antes se toleraba más: la relativa ausencia del padre.

Si solía llegar tarde, con frecuencia era debido a su trabajo. Ahora tarda más, y muchas veces retorna alcoholizado. La esposa culpa al hijo del incremento de la adición del esposo. Este, cuando está sobrio, toma partido por la esposa y desafía al hijo a someterse a los principios maternos; cuando no lo está, es más tolerante con la decisión del hijo de continuar con su noviazgo.

Otro cambio relevante se da cuando el padre, en una de sus experiencias alcohólicas, invita al hijo y a la novia de éste a conocer su "mundo bohemio". Los jóvenes encuentran que ese mundo es cándido, idealista, poético. Es un medio artístico donde prevalece la sencillez, la naturalidad y se comparten sentimientos nostálgicos y esperanzadores. El hijo descubre en el padre a un hombre del todo diferente al rígido y exigente hombre de negocios, siempre muy serio y algo malhumorado junto a la esposa. En los periodos de sobriedad, sin embargo, el padre asume su personalidad tradicional y se comporta como si no tuviera la otra faceta. En estos momentos, es duro y nada transigente con el hijo. Frente a la esposa, lo acusa de tener accidentes porque, seguramente, es drogado por la joven irresponsable. Si falla en los exámenes, es por vivir absorto en ese amor inmaduro, iluso, anticonvencional y subversivo. Lo paradójico es que el padre continúa invitando a la pareja a sus experiencias "bohemias", y allí se muestra gozoso de poder disfrutar con dos seres del todo afines a su mundo íntimo y romántico.

Si ahondamos en esta familia según la visión individualista, la definiríamos matricéntrica. El poder lo detenta la madre. Es ella la autoritaria que exige la total sumisión a la tradición familiar y a su estatus burgués. Su esposo, con su doble personalidad, es el adulto agrio resignado a ser cómplice de su poderío formal y hueco, y es el "adolescente" que mantiene en secreto la libertad que sólo se permite alcoholizado. La actitud de independencia, aunque relativa, que asume el hijo, ahonda el conflicto interno del padre, aun cuando no se atreve más que a prolongar la actuación de la fase oculta de su personalidad. El hijo, por su parte, aparentemente fuerte por desobedecer a la madre, sólo puede hacerlo apoyándose en la joven iconoclasta que, segura de sí misma, con indiferencia más que arrogancia, se muestra corrosiva contra el mundo burgués. La fuerza del joven es precaria porque se revela incapaz de mantenerse en el conflicto sin presentar síntomas: fallar en la escuela y exponerse a un accidente grave. Su debilidad se ahonda al ser expuesto como el culpable del inesperado conflicto y señalado como el "auténtico paciente".

Por el contrario, la visión sistémica invierte las relaciones de fuerza. La madre, fuerte y consistente, revela una identidad de "hija". No sólo por recurrir obsesivamente al ritual por el poder superior de la Gran Madre: las relaciones sistémicas del trío hacen ver que recurre a la Virgen porque teme perder al hijo (quien lucha por dejar de ser adolescente) y al esposo (que en una de sus personalidades continúa como un adolescente). Además, la madre se revela débil por no contar más que con un solo mundo, y demuestra una rigidez y una incapacidad de adaptación que no le dejan otra vía que la de insistir en mantener intacta la vida familiar en una casa siempre más vacía.

El marido, de obvia inconsistencia, por su poder de adaptación (aunque sea a través del alcohol) a un mundo diferente, revela tener más recursos y perspectivas que la esposa. Aunque no se permita adherirse abiertamente al mundo que descubre el hijo, por lo menos es capaz de emprender y asimilar otra posibilidad existencial y la necesidad de un cambio.

La integración de los dos puntos de vista nos permite valorar la magnitud y el carácter de cada poder. La visión sistemática revela el juego de fuerzas, pero no resultaría suficiente el reconocimiento de la máscara con la que interviene cada miembro. Será también necesario conocer la realidad de cada carácter.

El sistema de la familia

La familia se convierte en un sistema cuando es capaz de sostener y mantener las reglas de comunicación que se han producido a través de su historia, de la sucesión de experiencias aceptadas, neutralizadas y rechazadas, y que son memorizadas por los miembros del sistema.

Por estar sujeto a una historia, el sistema está expuesto a cambios. La familia, como sistema potencialmente organizado, trata de oponerse o de absorber los cambios. Pero, por ser la familia, al mismo tiempo, un sistema vivo, tiende a ser transformada por los cambios. Una familia es tanto más sana cuanto más abierta está para ser transformada por los cambios y sin que por ello pierda su peculiaridad de base. Mientras que las familias caracterizadas por un sistema rígido, mecánicamente compulsivo, presentan acciones y comunicaciones de tipo repetitivo sintomático.

Como es bien sabido, el conocimiento de la interacción de los miembros ha producido un cambio epistemológico en el estudio de la familia. se incurriría en un error si se considerara que la acción de uno de los miembros es la causa de las acciones y reacciones de los demás. Un observador que privilegiara una acción individual sobre las otras, atribuyéndole una influencia unidireccional, tomará partido por algunas de las estrategias del conflicto intrafamiliar y perdería su indispensable neutralidad científica. La visión sistemática exige que se reconozca la interacción familiar como una inevitable influencia recíproca entre todos los miembros. Quien actúa hacia los otros miembros es a su vez influido por éstos, y así sucesivamente. Este cambio epistemológico tiene el mérito de hacer reconocer de un modo más científico dónde gravita la influencia del poder.

El reconocimiento de la familia como un sistema pone en evidencia que el comportamiento de cada miembro influye en los otros mediante el carácter de mensaje que tiene el comportamiento. Con este mensaje se pretende persuadir y manipular, se intenta imponer un saber, se trata de convencer o intimidar, para que este saber sea practicado. Por la estrategia de la manipulación se tiende a encubrir, seleccionar, exagerar el contexto de los mensajes, el saber (las reglas) del sistema, para hacer aparecer a uno, o a muy pocos miembros, como si fuesen los protagonistas, jerarquizados en vencedores-vencidos, agresores-víctimas, sanos-enfermos. Desde el punto de vista tradicional, los síntomas era individuales. En la nueva visión, el síntoma es producto peculiar de la interacción específica del sistema. Según nuestra visión ecléctica, que ejemplificamos con el caso, el sistema es inherente a la complejidad del contexto de la familia (individual y sistemático).

La manipulación

La manipulación es la estrategia y la práctica de "hacer" hacer lo que se desea que se haga. El poder no se impone siempre de un modo abierto. La red de manipulaciones sistemáticas es el arte de ejercer del poder. Pero el conocimiento de este sistema no será completo si no se consideran las reacciones de los sujetos manipulados, de las respuestas de quienes, aparentemente, no tienen poder. El concepto psicoanalítico del manipulador "absoluto", o del castrado total, es una quimera.

Si lo que se pretende es hacer saber, se trata de una persuasión. En ésta, como en la manipulación, el manipulador trata de colocar al manipulado en un cerco sin salidas, donde carece de libertad y no tiene más opciones que las que se le imponen. Si a esta imposibilidad de hacer sino aquello que se impone, se induce un deber hacer, se torna una intimidación. Si se induce el deseo de hacer lo que no debería hacer (en su prohibida libertad), se tratará de seducción o de tentación.²

En la persuasión (hacer saber) y en la manipulación (hacer hacer) lo que se pretende obtener es un cambio en la relación entre manipulador-manipulado. Pero no se trata de una dualidad pasivo-activo, sino dialéctica, intercambiable, aunque en busca siempre de un cambio. La persuasión y la manipulación intentan modificar (cambiar) las actitudes, creencias y conductas del otro. Pero, como la

interacción es mutua, este cambio es, de algún modo, siempre recíproco. La alternativa a la manipulación es la violencia.

En la manipulación se tiende a exagerar. De parte del aparente poderoso, se exagera la fuerza, el control, la agresión o la crítica. El aparente manipulado exagera la sensibilidad, la dependencia, la cálida cordialidad, la tendencia protectora. Una esposa débil, por ejemplo, escoge a un esposo autoritario, y lo controla con su estrategia por lo que exagera su vulnerabilidad y sensibilidad. En la intermanipulación agresor-cariñoso, el que exagera cariños y cuidados, por lo común gana.³ Si el agresor aplasta al amoroso, ya no se trata de manipulación.

Recapitulación

Si el grupo natural, como es la familia, es visto como un sistema, la relación del manipulador sobre la posible víctima no puede abstraerse de todo el conjunto de interrelaciones. Los actores de la familia tratarán de convencer al observador de que, en efecto, hay un manipulador y un receptor persuadido y ejecutante del propósito o de la ley del primero. Sin embargo, el observador no debe olvidar que la selección que presenta a los protagonistas -triunfantes y fracasados- como independientes de la influencia del sistema, es una selección producida por la tentativa de manipulación, que siempre está integrada en el sistema, y que con igual constancia trata de enfatizar el poder de las comparsas.

La dinámica de la estrategia y manipulación es relevante en la familia integrada con miembros adolescentes. Sobre todo en nuestra época, en la que éstos tienden a ser adultos precoces y los padres persisten como adolescentes tardíos. Y entre los cuales, las acusaciones de manipulador y persuadido, culpable y víctima, dominador y vencido, fuerte y débil, con frecuencia se intercambian; aunque, en cada momento, cada miembro es identificado -manipulativamente- como el único en tener el poder o el único en padecer los efectos del poder del otro también único. Como decíamos, el cambio epistemológico que exige la visión de la familia como sistema hace reconocer con más propiedad dónde reside la fuente del poder. En la ilusión de la individualidad desligada de los miembros, el poder está únicamente en el dominante y de ningún modo en el persuadido-inferiorizado. Gracias a la visión del sistema hoy sabemos, como lo definen claramente Mara Selvini Palazzoli y sus colaboradores, que: "El poder se encuentra en las reglas del juego establecidas en el tiempo y en el contexto pragmático de aquellos que están implicados".⁴ Con la salvedad, añadimos nosotros, de que estas reglas del juego, a su vez, están implicadas en un sistema que abarca a la misma familia: el social y el existencial.

Conclusión

La visión sistemática es integradora pero no puede hacer desaparecer la irreductible individualidad de los miembros. Sólo hasta cierto punto se actúa como "máscaras sistémicas". Más allá de los desempeños intercambiables está el carácter de cada miembro, y éste, pese a todas las manipulaciones, no se puede hacer cambiar del todo. De aquí la diferencia entre una psicología manipulativa y otra respetuosa de la realidad.

La resistencia al cambio en la familia del ejemplo no se debe sólo a la fuerza homeostática del sistema que tiende a perpetuarse. Hay razones de orden superior: más allá del sistema interno, esta familia -como todas- depende de un sistema mayor, socioeconómico, que mantiene estatus, privilegio y poder. Así como en tiempos de Maquiavelo la manipulación sacrifica todo para la razón superior del Estado, sin el cual los individuos se pierden, la familia sacrifica los deseos individuales de sus miembros para la razón superior de persistir (más allá de su sistema interno) adherida y funcional dentro del contexto socioeconómico al que pertenece.

Si la madre (de la familia ejemplo) insiste en que el hijo debe abandonar a la novia (que aparentemente provocó el conflicto) no se debe a su compromiso con la moral, o con la Santa Virgen, sino a su prevención de que si el hijo interrumpe los estudios, o se vincula con una mujer de posición inferior, difícilmente mantendrá sus privilegios de clase (especialmente si estas dos conductas hacen que el abuelo materno lo desherede).

Tanto el padre (que siempre mantendrá su "bohemia" como un inofensivo hobby) como el hijo (quien, probablemente aceptará estudiar en el extranjero para apreciar desde otra perspectiva su tormentoso affaire) no pueden desligarse de la familia matricéntrica, no sólo por la fuerza del sistema familiar, no sólo por la debilidad de sus caracteres individuales, sino porque la verdadera fuerza del poder reside en la relación de la madre con la parte más poderosa de las relaciones de herencia, riqueza y poder político del estrato social al que pertenecen.

Al fin y al cabo, las manipulaciones no se dan sólo por la necesidad interna de perpetuar el sistema, o por la relativa diferencia entre las fuerzas del carácter de cada individuo. Las manipulaciones responden a la falta de confianza (más o menos cínica) de que los miembros de la familia puedan mantener sus privilegios socioeconómicos como individuos independientes que renuncian a la herencia, a la posesión de los bienes y a las relaciones económicas, políticas y de parentesco del grupo social del que pretenderían independizarse.

En el caso de que los dos miembros en crisis ambivalentes (hijo y padre) o uno de los miembros (el hijo) asuman una auténtica conducta independiente, y se opere la desintegración del núcleo familiar originario, este resultado no se deberá sólo a la transformación del sistema sino también a las tendencias caractereológicas (genéticas, aprendidas, sociales y existenciales) del individuo.

NOTAS

1. M. Selvini Palazzoli, L. Boscolo, G. Cecchin, G. Prata, Paradoja y contraparadoja. Barcelona, Paidós, 1988.
2. A.J. Greimas y J. Courtés, Semiótica, Madrid, Gredos, 1982.
3. Everett L. Shostrom, Man The Manipulator. Nueva York, Bantam Books, 1977.
4. M.Selvini Palazzoli, L. Boscolo, G. Cecchin, G. Prata, op.cit.